

# Históricas Digital

James Creelman

*Díaz, jerarca de México*

Felipe Arturo Ávila Espinosa (estudio introductorio)

Guadalupe Becerra Perusquía (traducción)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,  
Instituto de Investigaciones Históricas

2013

436 p.

(Serie Documental, 30)

ISBN 978-607-02-4265-6

Formato: PDF

Publicado: 28 de abril de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/diazjerarca/djm.html>



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, Ciudad de México

## XXIII

## EL SITIO COMPASIVO DE LA CIUDAD DE MÉXICO

Con Márquez, el de corazón feroz, y sus 4 000 hombres que estaban en camino desde México, no había tiempo que perder. Poniéndose al mando de su caballería y ordenando a su infantería y artillería que lo siguieran, el vencedor en Puebla salió al encuentro del lugarteniente del imperio de Maximiliano.

Dos veces Díaz hizo frente y rechazó el avance de la caballería de Márquez, forzando a retroceder a su fuerza principal en San Lorenzo y, cuando se le unió el general Guadarrama con 4 000 patriotas de caballería, trató de rodear al enemigo, cuando Márquez intentó escapar hacia la capital por el puente de San Cristóbal, el cual cruzaba una profunda barranca. Pero Díaz mandó decir a los amigos de la república que destruyeran el puente, y ya habían tirado en parte la estructura cuando el ejército de Márquez llegó a él. Los imperialistas tuvieron que arrojar casi toda su artillería a la barranca.

Márquez intentó entonces ponerse firme del otro lado de la barranca. Díaz lanzó con gran energía su fuerza contra el enemigo, con lo cual Márquez abandonó a sus tropas y huyó para ponerse a salvo en la

ciudad de México, dejando a 2 000 prisioneros de infantería en manos de los republicanos.

El resto de las tropas imperialistas fueron perseguidas todo el día hacia Texcoco. Se produjo una lucha en la carrera de más de treinta millas. En la mañana del 12 de abril, los fugitivos exhaustos llegaron a la capital, para darse cuenta que Márquez, quien vergonzosamente los abandonó en el puente de San Cristóbal, estaba allí desde la víspera.

El imperio mexicano estaba prácticamente confinado a dos ciudades. Un ejército de unos 20 000 republicanos al mando de los generales Escobedo y Corona tenía encerrado en Querétaro a Maximiliano, acompañado por Miramón y Mejía, y apoyado por 9 000 soldados. Márquez y su fuerza de 8 000 hombres en la capital quedaron rápidamente rodeados por Díaz. El presidente Juárez y su gobierno aguardaban en San Luis Potosí el sombrío final del fallido intento de Napoleón para instaurar una monarquía en América.

Aun en ese momento hubo otro esfuerzo por convencer a Díaz. En reconocimiento al poder de su liderazgo, la fortaleza de sus fuerzas armadas y su popularidad entre las masas mexicanas que lo idolatraban, los enemigos de la república constitucional en la capital —ignorantes de los vanos intentos que hacía Maximiliano por convencerlo o inducirlo al error— en su desesperación pensaron apelar por último a su ambición, con la esperanza de salvarse, y le mandaron una emisaria mientras él avanzaba hacia la villa de Guadalupe, desde donde dirigió el famoso sitio de la ciudad de México.

En marcha de Texcoco a la villa de Guadalupe —dice el presidente Díaz— se nos incorporó procedente de México, la señora doña Luciana Arrázola de Baz, esposa de don Juan José Baz, que estaba conmigo. Me manifestó que traía una comisión del general Nicolás de la Portilla, quien a la sazón figuraba como ministro de Guerra en la capital; que ésta se reducía a ofrecerme la entrega de la capital, mediante algunas concesiones a Portilla, a los principales jefes del ejército imperialista y funcionarios de la administración; aunque su primera intención era buscar una fusión entre los dos ejércitos,

bajo la base de que unidos ambos, reconociéndose recíprocamente los empleos que tenían los jefes de cada uno, procedieran de acuerdo para establecer un nuevo orden de cosas que no fuera ni el llamado imperio de Maximiliano, ni el gobierno constitucional del señor Juárez.

Por supuesto que deseché esas proposiciones, y ni siquiera las acepté en su forma menos desfavorable, que era la rendición condicional de la plaza, y contesté que sólo admitiría la rendición sin condiciones.

En tanto Juárez fuera el representante constitucional de la independencia mexicana; en tanto él representara a la república en su totalidad, y no a una mera facción política; en tanto lo confrontaran invasores y traidores, quienes habían decretado su ejecución, ni el amor por el poder y la gloria ni el temor a la muerte podían inducir a un Díaz cansado de la guerra a modificar su actitud de lealtad obsesiva e incondicional al presidente. Un hombre más débil o menos escrupuloso podría haber promovido sus ambiciones egoístas en una crisis como ésta, encontrando motivos verosímiles para repudiar la autoridad de un estadista indígena indescifrable e imperturbable, cuya personalidad resultaba tan ofensiva, e incluso aterradora, para la Iglesia y los elementos ricos y conservadores en general. Pero Díaz podía ver su deber sólo a través de los ojos de un soldado incorruptible y obediente; sirvió con la misma lealtad que mandaba, rechazando todas las tentaciones.

Si fuese necesaria una prueba en esos días agitados de que su humanidad y el amor a la patria sobrepasaban su apetito de soldado para alcanzar la distinción militar o la popularidad política, ésta se observa en el sitio de la ciudad de México. La grandeza del hombre se aprecia en el hecho que cuando pudo conquistar la gloria de tomar por asalto la capital, mantuvo un fatigoso sitio de setenta días en vez de derramar más sangre o someter a una población de 200 000 habitantes a los horrores del bombardeo y el asalto.

Sus enemigos lo tacharon de incompetente o cobarde. Incluso sugirieron que tenía algún motivo traicionero para no atacar a la ciudad.

Se quejaron amargamente con Juárez y trataron de despertar sus sospechas. Los soldados comenzaron a rezongar.

Sin embargo, nada pudo impulsar a Díaz a causar un derramamiento de sangre y después de diez años de batallas casi continuas, durante setenta días se situó frente a la capital para salvar a su población indefensa de las escenas lastimosas que había atestiguado cuando tomó Puebla apenas unos días antes.

El general acababa de iniciar su sitio el día 13 de abril de 1867, al ocupar todo el terreno orientado al poniente desde el rancho de Santo Tomás casi hasta el cerro de Chapultepec, cuando el general Guadarrama y sus 4000 elementos de caballería se vieron obligados a abandonarlo y regresar al ejército que asediaba Querétaro. De hecho, antes de terminar el mes, el general Escobedo pidió a Díaz que le mandara más tropas a Querétaro, pero mientras Díaz se disponía a hacerlo, recibió un mensaje del general Escobedo donde decía que sólo necesitaba municiones, y así fue como le envió de prisa treinta carretas cargadas acompañadas de una escolta.

En ese momento fue cuando Escobedo ofreció colocarse a las órdenes de Díaz, quien, de haber sido el político ambicioso que sus enemigos describirían más tarde, al instante habría tomado en sus manos casi toda la fuerza de combate de la república y se hubiera convertido en dictador militar.

Al paso de los días, el ejército de Díaz creció en forma constante con la llegada de los refuerzos organizados bajo sus órdenes en distintos estados. También llevó artillería desde Puebla y abrió talleres en esa ciudad y en Panzacola para abastecer de municiones. Para completar el sitio, equipó rápidamente canoas con cañones de montaña y de este modo estableció una línea que atravesaba los lagos, formando un puente flotante de San Cristóbal al Peñón de los Baños, conectando así sus líneas con un puesto fortificado que amenazaba la ciudad por el oriente.

Antes de que la capital estuviera totalmente rodeada, los imperialistas salieron corriendo con una fuerza numerosa y trataron de abrirse camino entre las líneas sitiadoras, pero Díaz los hizo retroceder a sus trincheras.

Hubo un intento más por salvar a Maximiliano mediante un llamado al soldado que tantas veces se había negado a escuchar las peticiones del usurpador coronado. Esta vez el agente era el intrigante abad que había ocasionado el regreso de Maximiliano a la capital después de que el emperador iniciara la huida del país. Alrededor del 18 de abril, mientras se perfeccionaba el sitio de la ciudad de México, el abad Fischer, secretario personal de Maximiliano, salió de la ciudad de México para entrevistarse con Díaz, quien lo recibió en el casco de la hacienda de Los Morales. Temblando de emoción, el sacerdote abogó por la vida de su jefe, a quien rodeaban las fuerzas republicanas en Querétaro.

Me propuso —dice el presidente Díaz— la abdicación del emperador, a condición de que se le permitiera salir del país, sin exigirle responsabilidad por todos los hechos ocurridos durante el periodo de su gobierno.

—Aboga por la vida de Maximiliano —dijo el general en tono grave—, pero ¿quién aboga por la vida de usted? Conforme a la ley, tengo derecho a ordenar de inmediato que lo ejecuten.

—No me preocupa lo que me pase —respondió el sacerdote—. Disponga de mi vida, pero perdone la del emperador.

Por toda contestación, Díaz en el acto mandó al abad de regreso a la ciudad; le dijo que no tenía facultades para entrar en esos arreglos favorables a Maximiliano. Acto seguido informó a Juárez del incidente.

Unos cuantos días después, la princesa de Salm Salm, la esposa estadounidense de un oficial austriaco al servicio de Maximiliano —una mujer hermosa, romántica y llena de vida, cuyos intentos pintorescos y temerarios por rescatar al emperador le han ganado un lugar en la historia— también salió de la capital e hizo sugerencias semejantes a Díaz, pero éste no tomó en serio sus proposiciones y le ordenó que volviera a la ciudad, enviándola escoltada hasta casi llegar a las líneas enemigas.

Al tiempo que hacían llamados secretos a Díaz para que asumiera el supremo poder, perdonara la vida a Maximiliano y organizara un

nuevo gobierno, dentro de la capital, el incalificable Márquez alardeaba de unas imaginarias victorias imperialistas para evitar una revuelta de la población oprimida.

Desde el inicio mismo del sitio, Díaz, resuelto a preservar y no a destruir, había anunciado que si los imperialistas llevaban a cabo la rendición pacífica de la ciudad, sus tropas protegerían vidas y bienes. A medida que transcurrían los días, en reconocimiento a la moderación compasiva de la actitud de Díaz, cuando podía haber arremetido contra la capital con su ejército irresistible, los representantes de los gobiernos extranjeros en la ciudad de México instaron a Márquez a rendirse. El sanguinario lugarteniente del imperio quizá se percató de que por sus numerosos crímenes contra la civilización no alcanzarían perdón, y rehusó analizar la rendición incondicional, pero siguió haciendo anuncios engañosos de la creciente fuerza de la causa imperialista, con la esperanza de que a base de demoras podría encontrar la forma de escapar, por lo menos él.

El paciente general, cuyo ejército rodeó la ciudad, estaba muy al tanto de los métodos de Márquez de engañar tanto a sus soldados como a la población con respecto a la situación real, sin embargo, se abstuvo de hacer el asalto. Ya había demostrado que podía luchar; ahora ponía de manifiesto que podía esperar.

Con la toma de Querétaro y el apresamiento de Maximiliano y su ejército el 15 de mayo de 1867, el general Escobedo le telegrafió las noticias a Díaz, quien con prontitud mandó el informe a la capital. Con gran celo Márquez negó la historia de la caída de Querétaro y aseguró a su ejército que Maximiliano había obtenido una victoria y en ese momento viajaba con sus fuerzas para rescatarlos.

El príncipe Khevenhüller, comandante de las fuerzas austriacas y húngaras en la guarnición de la ciudad de México, convencido de que Maximiliano en realidad estaba prisionero, y que toda resistencia armada podría poner en peligro la vida del emperador, informó a Díaz que bajo ninguna circunstancia tomaría parte en un combate si le permitían marchar a Veracruz con sus oficiales y tropas y los funcionarios extranjeros; allí se embarcarían de inmediato hacia Austria.

Contesté al príncipe —dice el presidente Díaz— que le concedería lo que solicitaba si rompía la línea de los sitiados, se me presentaba en Tacubaya, y me entregaba sus armas, municiones y caballos que no fueran de propiedad particular, y que en cambio yo le facilitaría los recursos pecuniarios y vehículos que necesitara para llegar a Veracruz y embarcarse allí.

Khevenhüller me explicó que le era imposible ejecutar lo que yo le prevenía, pero que se encerraría con toda su fuerza en el Palacio Nacional, y en los momentos en que empezara algún combate izaría su bandera blanca y se abstendría de tomar parte en él; y que esperaba que por esta conducta le concedería yo las consideraciones que a mi juicio fueran de equidad, pues su principal objeto era no hacer más difícil la situación de su soberano.

El barón de Lago, encargado de negocios de Austria en la capital, también visitó las líneas de Díaz y confirmó la afirmación del príncipe Khevenhüller que las tropas austriacas en la ciudad creían que con la captura de Maximiliano había terminado su misión, y que no se proponían perjudicar la suerte de su soberano tomando parte en más combates. Al barón lo acompañaron dos abogados elegidos por Maximiliano para defenderlo ante el tribunal militar en Querétaro, Mariano Riva Palacio y Rafael Martínez de la Torre, a quienes con toda cortesía Díaz les permitió atravesar las líneas sitiadoras.

Una vez tomada Querétaro, el general Escobedo ordenó al general Corona que marchara con dos divisiones para reforzar a los sitiadores de la capital. No obstante esto y otras adiciones a sus fuerzas, y el ofrecimiento de ayuda de los austriacos dentro de la ciudad, para no hablar de las condiciones de la población sitiada que estaba al borde de la inanición, Díaz seguía negándose a derramar más sangre mexicana, y sencillamente hizo más estrecho el círculo del sitio y lo fortaleció.

Quienes han encontrado un misterio inexplicable en el rápido cambio del México antiguo donde hubo guerras devastadoras, conspiraciones políticas, bandolerismo, anarquía, inseguridad comercial y bancarrota crónica, al México que durante toda una generación bajo el fuerte lide-



razgo del presidente Díaz se convirtió en una nación pacífica, próspera y respetada, pueden encontrar una explicación en la tranquila fuerza e inmensa visión con las que el héroe de tantas batallas, con la sangre de los invasores aún fresca en su espada, esperó setenta días a las puertas de la ciudad de México. En ese escenario de sobriedad y autocontrol se anunciaba el futuro de su país.

Recién terminadas las escenas de matanzas, y mientras sus soldados anhelaban vengarse de las injusticias de México en Márquez y sus fuerzas, Díaz sólo pensaba en la paz, orden y reconciliación de los mexicanos que debían preceder al restablecimiento de una conciencia nacional. El instinto regenerador del estadista venció a las pasiones del soldado.

Su espíritu constructivo era tan fuerte en medio del sitio que, cuando descubrió que Maximiliano había hecho preparativos para cavar un nuevo canal de drenaje en el valle de México, mandó buscar al ingeniero del emperador, el cual se había escondido, y exigió saber por qué se había detenido la obra.

Este imponente proyecto para salvar a la capital de la devastación causada por el desbordamiento de los lagos —pese a las ocho millas de muros construidos por los españoles, 50 000 personas se ahogaron en la capital como resultado de una inundación— se inició en 1607, cuando el virrey español don Luis de Velasco, puso a 15 000 indígenas a trabajar en el corte. Una y otra vez se había intentado en vano salvar a la ciudad. El presidente Díaz fue quien al fin realizó y terminó las obras de drenaje con un costo de casi \$16 000 000.

El ingeniero declaró que había suspendido su trabajo por la falta de fondos. Aun en el campo de batalla, Díaz le ordenó reanudar su tarea, sin esperar a que terminara el sitio y convino en proporcionarle para ese propósito dinero que tomó de sus fondos destinados para el ejército.

No es seguro que en la historia haya un ejemplo más notable de previsión constructiva en semejantes condiciones. Así pasó con Grant en Appomattox.

Otro ejemplo interesante del carácter del general fue que durante este sitio casó con su primera esposa, la señorita Delfina Ortega y Re-

yes, hija del médico oaxaqueño que lo atendió veinte años atrás cuando lo hirieron en la batalla de Ixcapa. Esta novia de guerra, cuya boda romántica se celebró fuera de las líneas sitiadoras en Tacubaya, murió en Palacio Nacional durante el primer mandato del presidente Díaz y fue la madre de sus hijos.

Tan pronto como los habitantes de la ciudad de México se convencieron de que Querétaro había caído y que Maximiliano y su ejército estaban prisioneros, se desmoralizaron por completo. Dentro de la ciudad, Márquez se negaba cruelmente a socorrer a los habitantes hambrientos por medio de la rendición; afuera estaban Díaz y sus líneas estrechamente unidas, en actitud paciente, disciplinada y seguros del triunfo.

Cada vez que Márquez intentó salir por la fuerza, sus hombres eran obligados a retroceder a sus trincheras, ni siquiera un mensajero podía escapar al inexorable círculo de acero de los republicanos.

Finalmente, por pura desesperación, el lugarteniente del imperio se colocó a la cabeza de sus tropas e hizo un súbito intento de escapar a través de las líneas sitiadoras en dirección de La Piedad. El puente de los Cuartos ya no existía y los imperialistas casi habían aniquilado al batallón del coronel Leyva, cuando Díaz en persona condujo al rescate a una parte de sus fuerzas y con la ayuda de su artillería hizo que Márquez y sus hombres volvieran a la ciudad, produciéndose una terrible carnicería.

El terror y la miseria del pueblo en la atribulada ciudad aumentaron. Las fuerzas de Márquez se debilitaban a diario, mientras que el ejército republicano se fortalecía constantemente, hasta que Díaz tuvo 28 000 hombres concentrados alrededor de la capital. Márquez sabía que el imperio estaba acabado y que Maximiliano era un prisionero sentenciado a muerte; no obstante, seguía enarbolando la bandera imperial. El 15 de junio hizo que repicaran las campanas de las iglesias y lanzó fuegos artificiales; una proclama oficial invitaba al pueblo a prepararse a dar la bienvenida al emperador y su ejército, pero el final estaba muy próximo.

El traidor mexicano, el general O'Horan, persuadió a Díaz de circular por la noche entre las líneas de los dos ejércitos para encontrarse

con él y mandó una linterna con un lente rojo que utilizarían como señal. El líder republicano salió en la oscuridad con cuatro muchachos de los tambores y clarines. Cuando los imperialistas vieron la luz roja que mostraba Díaz, al instante abrieron un tremendo fuego de artillería e infantería. Al día siguiente, O'Horan mandó decir a Díaz que el propio Márquez estaba en la trinchera cuando se vio la señal y ordenó que hicieran fuego. A la noche siguiente, O'Horan salió de la capital y se entrevistó con Díaz, que describe la entrevista como sigue:

Me ofreció entregarme la plaza lo mismo que a Márquez, y a los demás jefes principales, sin más condición que extenderle un pasaporte para el extranjero. Le contesté que no podía hacer nada de eso, porque consideraba la plaza como mía, y que en cuanto a los demás jefes, yo cumpliría con mi deber. Me replicó O'Horan que, en efecto, la plaza sería mía; pero que los *pollos gordos*, fue su frase, podían escapárseme, mientras que aceptando lo que me proponía, todos caerían.

—¿Tiene mucho empeño en fusilarme? —me dijo, convencido de que yo no aceptaba sus proposiciones. —No, señor —le contesté— si usted cae en mis manos, lo único que haré será cumplir con mi deber. —Si usted sabe dónde estoy escondido ¿me mandará aprehender? —preguntó. —Si alguno viene a denunciarme en dónde está usted —dije— tendré que mandarlo aprehender. No puedo ofrecer ni más ni menos.

Tres o cuatro días antes de que se rindiera la ciudad de México, el general Tavera, hablando en representación de Márquez, salió de la capital para ver a Díaz en un esfuerzo por garantizar condiciones propicias para una rendición. Tuvo que regresar sin ningún resultado.

Tavera acababa de regresar a la ciudad cuando Márquez, echando mano al oro que aún quedaba en el erario, desapareció. Se ha dicho que al cruel y cobarde líder lo trasladaron vivo en un ataúd al cementerio de la iglesia de San Fernando y lo liberaron a la media noche; en su huida a Veracruz yendo disfrazado recibió la ayuda de voluntarios

extranjeros que formaban parte del ejército republicano. Sin embargo, Díaz siempre ha creído que Márquez no abandonó la capital en ese momento, sino que lo escondieron en la residencia de un amigo personal cuya esposa se compadeció de él. Ésta fue una de las pocas casas que no registraron cuando entró el ejército republicano. El fugitivo llegó a Veracruz vestido y equipado como vendedor de fruta, lo ocultó un bondadoso comerciante —muchos años después, al propio Díaz lo escondió el mismo comerciante en la misma pieza— y escapó en un barco a Cuba, donde “el tigre de Tacubaya” aún vive a los 90 años de edad. Hace unos meses, más de 42 años después de escapar, Márquez envió al castillo de Chapultepec un mensaje de felicitación por Año Nuevo a su vencedor de pelo blanco.

El cónsul general de los Estados Unidos, Marcos Otterbourg, hizo otro intento por que se dieran las condiciones para la rendición de la ciudad de México. Díaz lo recibió, pero se negó a permitir que bajara de su carruaje o entregara el mensaje.

Le advertí —dice el presidente Díaz— que me ocupaba en esos momentos del ataque de la plaza y que le daba cinco minutos para regresar a ella, en la inteligencia de que si pasado ese tiempo aún estaba su coche sobre la calzada, comenzarían mis fuegos sobre él.

Esperé sin embargo que el coche del cónsul general se perdiera de vista más allá de la estatua de Carlos IV, para hacer la señal que ordenaba un fuego general de artillería sobre la plaza y movimiento de todas las columnas hacia la ciudad.

Díaz no tenía intención de tomar por asalto una ciudad de 200 000 mexicanos. Los frecuentes llamamientos desde la ciudad lo habían convencido de que el enemigo había perdido las esperanzas y su orden para entablar combate de inmediato fue una mera treta para forzar un rendimiento incruento. El presidente Díaz explica qué siguió a este amago:

Cuando inició el fuego de cañón los de la plaza no podían ver a las columnas en movimiento y éstas sí podían recibir mis órdenes,

porque mi telégrafo de banderas estaba fuera del círculo invadido por el humo y el polvo. Ordené a las columnas volver a sus campamentos de lo cual no se apercibió el enemigo. Nuestros fuegos de cañón fueron contestados por la plaza, y como tanto la artillería enemiga como la nuestra disparaban proyectiles huecos, cuando el enemigo suspendió sus fuegos de cañón creímos por algunos momentos que todavía contestaba a los nuestros, porque nuestros proyectiles hacían explosión en sus trincheras, y tal parecía que contestaba a nuestros fuegos.

En estos momentos el vigilante de Chapultepec avisó que en las torres de Catedral había una bandera blanca. Mandé suspender el fuego y entonces se vio que en todas las trincheras de la plaza se había puesto la misma bandera. En el acto que cesaron los fuegos de cañón, salió un coche también con bandera blanca por la calzada de la Reforma [el ancho y hermoso bulevar, bordeado de estatuas, que la infortunada Carlota había construido entre la ciudad y el castillo de Chapultepec, y llamada entonces del emperador], y en el cual llegaron a Chapultepec los generales Peña, Díaz de la Vega, Palafox y otro cuyo nombre no recuerdo, que venían a poner la plaza a mi disposición, comisionados a este efecto por Tavera, puesto que desde el día anterior no se tenían noticias de Márquez.

De este modo, sin derramar sangre, terminó el intento final que hizo la monarquía europea de derrocar al gobierno republicano en América. Era el 20 de junio de 1867, al día siguiente de producirse la solemne ejecución de Maximiliano, Miramón y Mejía en Querétaro.

Díaz no hizo preparativos para cobrar venganza de su país con los invasores o traidores armados. En vez de eso, dispuso ocupar la ciudad de México al día siguiente y ordenó a los panaderos del ejército y a todos los ayudantes que pudo conseguir, que trabajaran toda la noche, horneando pan para la guarnición y los habitantes de la ciudad que estaban hambrientos. A fin de impedir el pillaje, ordenó que la guardia militar del enemigo y los policías se mantuvieran en sus puestos hasta que los relevara y organizó un servicio de policía completo con sus tres

batallones de Oaxaca, para cubrir toda la ciudad y marcó las patrullas en un mapa, de manera que no perdieran de vista ninguna casa. Mientras los imperialistas de la capital temblaban al pensar lo que podría ocurrirles en la mañana, cuando entrara el victorioso ejército republicano, el general vencedor pasó la mayor parte de la noche elaborando su plan de clemencia y custodia.